

EL PAPEL DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA Y EL DESARROLLO: REVISIÓN DE UNA VIEJA POLÉMICA*

Ismael Cejas Armas **
Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela

Resumen

La vieja polémica entre Estado y Mercado esta más que nunca en vigencia. Lo que parece ser sin dudas un doble discurso de la economía neoliberal del mundo desarrollado, keynesiana e interventora hacia dentro, y neoliberal y globalizante hacia afuera, obliga a una revisión de la literatura sobre el papel del Estado en el crecimiento y desarrollo económico, para así sumar elementos que permitan elaborar respuestas mas cónsonas con nuestra realidad. El autor se pasea desde los fundamentos clásicos hasta la nueva teoría del crecimiento para observar la evolución de la teoría y los diferentes aportes realizados a la polémica.

Palabras clave: Economía, Estado, Mercado, Teoría, Desarrollo, Crecimiento económico.

Abstract

An old controversy, State versus Market, seems to be always no the top. The developed world, instead of being as liberal as they want everybody to be, are implementing keynesian measures to deal with the probably upcoming economic recession. This fact, obligates us to look again over the economic literature on State and Economic Development, trying to find out our own responses to this problem. The author goes from the clasical theory until the new growth theory to look at the development of the economic thinking and the different contributions made to the controversy.

Key words: Economy, State, Market, Theory, Development, Economic Growth.

* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: Este artículo fue elaborado en Julio de 1999, presentado para su publicación en *Presente y Pasado. Revista de Historia* en Septiembre de ese año y finalmente aprobado para su publicación por el Comité de Arbitraje en Noviembre de ese mismo año.

** Historiador (U.L.A. Mérida-Venezuela: 1981). Magister in Arts Major in Political Sciences (Bridgeport University, Connecticut-U.S.A.: 1983). Cursante del Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar (Caracas-Venezuela). Autor del libro *China. Economía Socialista de Mercado* y co-autor y compilador de la obra colectiva: *Mahatma Gandhi. Homenaje a la Dignidad Humana*.

INTRODUCCIÓN:

Ha sido desde siempre centro de atracción principal en las Ciencias Sociales averiguar las diferentes formas y papeles que asume el Estado en los diversos procesos e interacciones sociales, económicas y políticas de la humanidad. El Estado y todo lo que gravita sobre él, ha sido objeto de estudio y seguimiento permanente. La aceptación unánime de su necesidad, en cuanto a mecanismo de preservación contra el estado de naturaleza, sólo compete con el sentimiento mayoritario que clama su restricción y control.

Una de las facetas más intrigantes de su funcionalidad se relaciona con su papel de guardián de los intereses económicos de los actores sociales y su capacidad de impartir justicia. La intervención del Estado en la esfera económica se convirtió, como consecuencia, en debate que escapa del campo de la economía y se combina con cuestionamientos de sociología política, políticos, marcos jurídicos, e inclusive fija características que definen con bastante precisión algunos períodos históricos. Las intervenciones del ejecutivo venezolano en la actividad económica, por ejemplo, o cualquier anuncio de la administración estadounidense de modificar las tasas de interés, colocan sobre el tapete la vieja polémica: ¿Hasta donde el Estado?, ¿Hasta donde el Mercado?.

Desde la misma formulación de los postulados de la ciencia económica en el siglo XVIII, surgió el debate sobre qué papel habría de jugar ese Estado en la nueva nación-estado. Su ubicación como concepto económico corre paralelamente a su definición en términos de democracia liberal y, no pocas veces, se ha confundido su semántica entre ambas disciplinas.

Durante la difícil gestación de las modernas naciones-estado siempre estuvo presente el Estado como elemento dinamizador y como organismo decisorio en la esfera económica. Podríamos afirmar que gran parte de la lucha política en el siglo XIX, estuvo referida a deslastrar al Estado de las reminiscencias autoritarias e intervencionistas del antiguo orden absolutista y monárquico. En gran parte, para principios del siglo

XX, el pensamiento liberal en el campo político y la escuela clásica en el económico, habían reducido mayormente al Estado a los lineamientos básicos propuestos por sus teorías.

Es con la creación del Sistema de Bretton Woods a partir de 1945, que la intervención del Estado en la esfera económica no solo desafió los postulados del Estado Liberal, sino además marcó el inicio de la polémica, ahora sobre realidades contemporáneas, entre neoclásicos y planificadores estatistas. Por un tiempo, la pugna estuvo centrada en la diferencia del modelo de libre mercado de las democracias desarrolladas (aunque con marcadas interferencias del modelo de Estado de Bienestar keynesiano) y el estatismo comunista. Una vez caído el Muro de Berlín, en pleno apogeo del neoliberalismo, muchos investigadores descubrieron, no sin asombro, que una importante cantidad de países planificaban sus economías, sin orientaciones radicales de carácter ideológico —o, en todo con marcada orientación liberal.

La década de los noventa, si bien mantuvo el análisis de casos, comenzó prontamente a involucrar el concepto de globalización y su condicionamiento del comercio mundial, con la especificidad del milagro asiático. El resultado final fue lógico. Si hay planificación, hay intervención estatal. Si hay intervención no puede haber desarrollo. Si hay intervención y desarrollo, entonces hay fallos en la teoría neoclásica. Por lo tanto se debe replantear la cuestión principal: ¿Cuál es el papel del Estado en la Economía? O mejor aún: ¿Qué papel juega el Estado en esas economías en transición hacia el mercado?

Estado y Transición

Los países en vías de desarrollo experimentan múltiples dificultades en la aplicación de las medidas neoliberales de mercado, tratando en consecuencia, algunos de ellos, de producir respuestas propias a fin de atenuar las sugeridas (y muy pocas veces exitosas) por organismos internacionales, tales como el Banco Mundial. Aunque la literatura sobre Estado y desarrollo económico es de por sí tema de álgidos desencuentros,

vamos a sumar al problema del crecimiento económico las dificultades de inserción en una economía plena de mercado de todos aquellos países *emergentes*, provenientes de la antigua esfera socialista y aún del mismo sistema capitalista en su forma estatista. A todos ellos los englobaremos bajo la definición de países en transición.

El problema más difícil de tratar es el del papel del Estado en esta transición. Transición de un modelo estatista capitalista o de un modelo estatista socialista a un sistema de economía neoliberal global. Se dio, en un principio por sentido, que la transición podría ser de alguna manera automática si se le permitiese al libre mercado ejercer su mano invisible.

Karl Polanyi (1944) estableció que la transición sería el proceso gradual donde los precios fijados por el equilibrio de la oferta y la demanda, reemplazarían gradualmente la asignación de bienes impuesta por los planificadores centrales. En otras palabras, la mano invisible del mercado dejada en plena libertad de acción, lograría poner las cosas en el lugar apropiado. Sin embargo, las difíciles experiencias de las ex repúblicas soviéticas y el bloque europeo oriental demostraron la falacia de lo automático del proceso, en especial frente a los graves problemas de gobernabilidad que provocó.

Es necesario destacar en este punto que Estado se define a la manera como se organiza en términos estructurales las instituciones gubernamentales y como Gobierno, la rama ejecutiva que se encarga de la conducción de un país. Según esta óptica, a menudo Estado y Gobierno podrían fácilmente en la práctica ser sinónimos intercambiables.

Usualmente el término transición ha estado relacionado con el proceso político que marca el camino entre el autoritarismo y la democracia. Sin embargo, aquí pretendemos abordar la transición como una etapa económica que va desde las economías centralizadas a economías de libre mercado. El debate sobre la existencia de una economía de transición guardó dificultades extremas en el pasado, particularmente por la dificultad econométrica que siempre ha planteado

lo transitorio, lo cambiante. La caída del comunismo como alternativa, la experiencia china y los progresivos relajamientos de los controles estatales sobre el aparato económico en el Sudeste Asiático, han obligado a hablar de una economía de transición en un sentido más amplio.

Se admite en líneas generales que la transición debe estar acompañada o precedida por reformas políticas que hacen viable la apertura económica. En una primera etapa se define la modalidad de transición: gradual o de choque, las cuales siempre son de carácter coyuntural y comprenden dos fases: 1) Estabilización macroeconómica y; 2) Liberalización de precios. Una segunda etapa, estructural, contiene básicamente los siguientes elementos, teórica, más no obligatoriamente, en este orden cronológico: 1) Desmonopolización estatal; 2) Privatización; 3) Reforma Bancaria; 4) Creación de Mercados de Capitales; 5) Sistema de Protección Social y; 6) Apertura total de la economía al exterior (Lavigne, 1997: 151).

Resulta obvio que este proceso no es un flujo continuo, sino una sucesión de etapas con características particulares y exigencias de adaptación específica a cada caso. Podríamos partir de una plataforma conceptual para nuestro planteamiento que defina la economía de transición como un proceso sistemático de reemplazo de una economía centralizada, de carácter estatista, por un modelo de desarrollo donde predomine la economía de mercado con creciente participación de recursos provenientes de la propiedad privada y el desenvolvimiento del libre mercado.

El objetivo final de la etapa de transición es el mejoramiento de la eficiencia global de los sistemas económicos en estudio o dicho en otras palabras, la liquidación del estatismo. Partiendo de una economía planificada —bien sea a partir de una condición socialista o simplemente capitalista de estado— se debe alcanzar la eficiencia en la distribución de ingresos y en la producción como primer paso hacia la economía de mercado. Ello implica, por supuesto, tratar con el papel, tamaño y participación de un Estado macrodesarrollado (por las exigencias de la

planificación económica anterior) durante el proceso de transición. Un Estado convertido en principal inversor, mayor empleador y único garante de seguridad social.

Carlos Vilas (1995) señala que el tamaño del Estado y del Mercado y el modo en que las políticas públicas y los recursos del Estado se articulan a las fuerzas del Mercado, no son relevantes en sí mismas, sino en cuanto se relacionan con intereses sociales y económicos específicos, y en consecuencia, con actores promovidos o marginados a través de la intervención estatal directa o indirecta, o mediante los mecanismos de mercado (Vilas, 1995:11). De esta manera se vincula el Estado y el Mercado a los intereses y acciones de los actores y se puede superar la conceptualización del Estado como instrumento políticamente neutral o como escenario inerte donde ocurren tensiones, conflictos de clase y lucha entre actores transnacionalizados y locales.

El debate actual sobre el papel del Estado en el Mercado tiende a darle mayor prominencia al planteamiento que concede a ambos racionalidad económica. Imputando uno al otro los errores cometidos, o bien minimizándolos al fijar posiciones inalterables sobre el papel que deben jugar y con ello un reduccionismo al viejo debate ideológico sobre la pertinencia o no del Estado en la vida económica, se producen diferentes y siempre interesadas lecturas. Una antigua polémica referida al enfoque cuantitvista que identifica al Mercado con la racionalidad y democracia y Estado con irracionalidad, corrupción y autoritarismo, ha sido siempre punto de partida para los detractores de la intervención estatal. Sin embargo, las experiencias sufridas por las economías mundiales desde la crisis de 1929 y la solución keynesiana a la misma, dan a entender que la intervención estatal quedó por encima del debate teórico pues diferentes ideologías, o diferentes proyectos de acumulación y de dominación, hacen uso de ella (la intervención) sin mayor prurito.

El Banco Mundial en su Informe sobre el Desarrollo Mundial 1999-2000, se niega a continuar manteniendo afirmaciones absolutas sobre el papel del mismo en el desarrollo económico. No deja de advertir

que en los últimos decenios tanto la teoría como la práctica han llevado al convencimiento de que la reflexión sobre el desarrollo debe renunciar a los debates sobre la función del Estado y del Mercado y a la búsqueda de una única solución global en materia de políticas (Banco Mundial, 2000:2). El problema radica en que para dicha búsqueda, como ellos mismo reconocen en ese informe, aparece el Estado jugando un papel vital en las políticas de desarrollo, aunque no exista una normativa clara, sencilla y universal sobre su proceder en el campo económico.

Definitivamente, para poder comprender mejor la polémica existente y abarcar su influencia sobre los experimentos asiáticos, es necesario revisar la literatura acerca del papel del Estado en la economía y particularmente para el desarrollo económico. Como señalamos anteriormente, el problema fue planteado desde el inicio mismo de la Economía como teoría formal y desde entonces no han cesado, ni la controversia, ni los planteamientos y posiciones encontrados.

El Pensamiento Clásico

La teoría clásica y aún la posterior escuela keynesiana no consideraban el problema del crecimiento como elemento de importancia vital en la elaboración de sus postulados económicos. De hecho, hasta 1929 no existió lo que hoy conocemos como política económica, pues el Estado, según la teoría clásica y neoclásica no estaba llamado a intervenir en la esfera económica, y menos en lo relacionado con el crecimiento económico como tal. La evolución del liberalismo político, por su parte, cercenó cualquier movimiento estatal hacia la toma de decisiones en el área de la economía.

Los clásicos, de manera general, asociaban el crecimiento económico con la creación de la riqueza. Al ser los propietarios los únicos capaces de crear riquezas, el Estado debía asegurarse de no interferir y proteger la propiedad privada. El libre albedrío de la clase empresaria traería consigo la riqueza, el bienestar y el crecimiento.

Este problema tempranamente se convirtió en tema de discusión. El éxito de la mano invisible depende en que las personas elijan perseguir su propio interés en un ambiente propicio para ello. Esto solo es posible en un marco de normas jurídicas e instituciones que definan claramente las reglas del juego. Dos desviaciones pueden producirse en este punto. La más común es que las personas intenten asegurarse de que el ambiente es adecuado a través del control del aparato político por medio de la influencia o la fuerza. La otra es que el aparato estatal, garante de la norma, se fortalezca hasta el punto de convertirse en regulador de la actividad. Cualquiera de los dos caminos tiende a otorgar mayor prominencia al Estado de la deseada por los clásicos.

Dentro de la perspectiva del mundo en el siglo XIX, los clásicos relacionaban el crecimiento de la economía con las variables progreso científico y crecimiento demográfico con relación a la productividad de la tierra.

Si el progreso científico (entendido como mecanización del campo y elaboración de sus productos) mantenía ritmos moderados de crecimiento y era sobrepasado por las tasas demográficas (que incrementaban la mano de obra), el aumento de los costos impedía el crecimiento de la economía como un todo.

Si por el contrario, mejoraban las técnicas de producción, crecían las ganancias y las tasas de retorno hacia el capital fijo, luego se demandaba mayor cantidad de mano de obra y se colaba una mejoría general en la distribución de los ingresos.

Malthus (1820) veía el problema demográfico como el principal obstáculo para el crecimiento, mientras Ricardo lo encontraba en la productividad marginal decreciente de la tierra. Ricardo trató de buscar en el libre comercio y las ventajas comparativas de la nación, una solución a la posición pesimista sobre el crecimiento que tenía Malthus y la escuela clásica en general.

Para David Ricardo, el crecimiento estaba estrechamente relacionado con la inversión que aseguraba la tasa de acumulación. Esa

inversión podía lograrse a través del ahorro, producto de la riqueza incrementada o la disminución del consumo, ambas situaciones relacionadas con el rendimiento de la economía en general. Esta afirmación, junto al principio de la ventaja comparativa comercial, se convertirían con el transcurrir del tiempo en bases fundacionales de las diferentes teorías de desarrollo. J. St. Mill en sus *Principles of Political Economy* (1848) agregaría la deficiencia de capital como elemento que restringía el crecimiento. Más aún, advirtió que una profundización del conocimiento (una referencia visionaria de la tecnología) podría evitar los pesimistas augurios sobre tasas de retorno en declive.

Hasta 1930 se mantuvieron estables estas ideas sobre el crecimiento entre la heredera escuela neoclásica. Prácticamente sin ninguna oposición, salvo aquella derivada de la interpretación marxista que auguraba la imposibilidad del crecimiento económico debido a la propia dinámica del capitalismo, que sólo tendía a desplazar trabajadores, incrementar el ejército industrial de reserva y a exportar miserias y descontento social. El problema crucial que no pudieron resolver los marxistas pioneros fue el del trabajo. Solo el trabajo produce valor y cualquier reducción en la cantidad de trabajo o aumento constante de los salarios (en un intento por evitar la explotación) reducirá la tasa de beneficios con lo cual decrecerá la inversión y con ello el crecimiento.

Los Primeros Neoclásicos

A partir del último tercio del siglo XIX irrumpe en la polémica económica la escuela neoclásica, dividida en este trabajo en dos etapas para mayor comprensión. La irrupción de Keynes parte en dos a la escuela neoclásica y su influencia se revela en la mayoría de los neoclásicos de segunda mitad del siglo XX.

Lo que llamamos la primera etapa surge a partir del desarrollo del concepto de *utilidad marginal* que provocó la diferenciación de los clásicos. Diferencias que se habían iniciado con el cambio en la atención sobre la creación de la riqueza de sus predecesores hacia la eficiente

asignación de los recursos. El papel de la tecnología definitivamente otorgaba alternativa al decrecimiento de los beneficios y el cambio del concepto de valor los separaba de la escuela clásica. Al considerar que el valor de un producto era el resultado final de la demanda del mismo, determinado por su utilidad marginal y que la oferta estaba determinada por el costo de producción, asignaban al valor un tinte subjetivo que se apoyaba en el equilibrio de las fuerzas que mueven al mercado (oferta y demanda). Los clásicos solo tomaban en cuenta los costos de producción y el monto de la oferta para asignar valor a un producto.

Esta revolución del *marginalismo* implicaba que la utilidad de las cosas determinaba su valor y aquellas economías que centraran su atención en la producción de bienes útiles podían asegurar altas tasas de beneficios y con ello el crecimiento.

Alfred Marshall redondeó las ideas anteriores y además contribuyó con conceptos básicos para las diferentes teorías de desarrollo posteriores tales como economías externas e internas y organización de mercados. El sistema de libre mercado fue su oferta de panacea para los desequilibrios económicos y la búsqueda de la armonía económica su objetivo.

Sin embargo, fue Joseph Schumpeter quién alcanzó la mayor notoriedad de esta primera etapa neoclásica. Su libro *The Theory of Economic Development* (1934) teorizó y modeló los, hasta entonces, intentos dispersos por crear un camino al desarrollo. Sus ideas giraron en torno al crecimiento endógeno producto de los cambios tecnológicos que obligaban a la economía a transformarse para poder adaptarse. Esos cambios podían sucederse si: a) un nuevo método de producción era creado; b) un nuevo mercado abierto; c) se daba un cambio en la organización industrial o; d) con la creación de un nuevo producto.

El gran aporte de Schumpeter a la evolución del pensamiento sobre el desarrollo económico se basa en que para crecer es necesario ser competitivo en el mercado mundial y eso solo es posible si se innova en el proceso de producción.

La irrupción de Keynes abriría un paréntesis en el pensamiento neoclásico y solo con el surgimiento de Solow y Meade en los sesenta se retomará el cordón umbilical del neoclasicismo.

La Escuela Keynesiana

La aparición de Keynes marcó distancia de la escuela clásica y neoclásica y propuso nuevas ideas sobre el papel del estado en la esfera económica. A pesar de que no ha sido muy publicitada la visión de Keynes sobre el crecimiento, debido a su atención casi exclusiva sobre los problemas de la Depresión del 29, no por ello podemos obviar ciertas ideas expuestas por él sobre el tema. Se desprende de la lectura de su *Treatise on Money* (1930), que relaciona de manera muy especial la evolución del ciclo crediticio con el crecimiento económico. Presentaba así una economía que crecía sobre la base de un comportamiento cíclico de mayor inversión, más empleo, más inflación, menos expectativas, menos inversión y empleo. Posteriormente, Keynes habrá de reformar este ciclo natural del crédito, para permitir la intervención del sector estatal a través de una alteración de su gasto público, relacionando de esta manera el crecimiento económico al pleno empleo y a la intervención del estado.

Keynes sentó las bases para una intervención estatal en cualquier programa de desarrollo al afirmar que *...Espero ver al Estado, único capaz de calcular la eficiencia marginal de los bienes capitales a largo plazo y sobre las bases del beneficio social general, tomar cada vez mas responsabilidades en la organización y dirección de la inversión.* (Keynes, 1965: 22)

Poskeynesianos de la talla de Domar (1946) y Harrod (1979) trataron de subsanar la poca atención prestada al problema del crecimiento creando modelos que tomasen en cuenta lo que se llamó la macrodinámica de la economía (Galindo, 1996:11), es decir, las fuerzas determinantes en las tasas de aumento de las principales categorías de la demanda (bienes de capital, exportaciones, etc.). Sin embargo, el balance de sus apreciaciones siempre nos conduce a ver los intentos de

crecimiento de los países menos favorecidos como una apuesta a largo plazo de depresión, desempleo y subutilización de los recursos. Los posteriores aportes de Kaldor (1966) estableciendo una relación entre el PNB y la producción de bienes manufacturados, con su consecuente acento sobre la exportación y de Pasinetti (1978) adecuando al modelo de Kaldor a la posibilidad de propiedad de capital por parte de los trabajadores, nos acercó más a la realidad cambiante de la segunda mitad del siglo. Sin embargo, los seguidores de Keynes no pueden deslindarse del papel activo y corregidor de distorsiones que él asignara al Estado.

La Planificación Centralizada

Los esfuerzos de Marx como apreciamos anteriormente fueron muy débiles para explicar los mecanismos que pudiesen lograr el crecimiento o desarrollo económico. La eliminación de los precios como mecanismo decisorio y balance del mercado, aunado a su teoría del valor objetivo (asignar el valor final a través de la cantidad de trabajo invertido en él) llevaba a un callejón sin salida a este problema. Al no permitir, por razones de equidad y justicia social, la transformación de valores en precios, impedía el funcionamiento lógico del mercado.

Paradójicamente fue en la teoría marginalista donde se encontró las bases para una evolución del pensamiento socialista sobre el mercado. La *utilidad marginal decreciente*, que pregona que desde que los consumidores son esperados en maximizar su satisfacción y dado que la producción sigue lo que el consumidor quiere, un sistema de mercado libre tiende a maximizar el bienestar individual, aportó elementos de distribución igualitaria (aunque fuese en el plano teórico) que permitió salir al pensamiento socialista de su encrucijada. Las implicaciones políticas de este axioma permitieron la imposición progresiva sobre la renta y, con ello, la intervención estatal y su posterior toma de decisiones en la asignación y distribución de recursos dentro del mismo sistema capitalista.

Fue Enrico Barone (1908), discípulo de Pareto, quien sentó las bases de la defensa lógica de la planificación socialista al determinar que en ella puede fijarse previamente la distribución y participación de cada elemento en el producto social. Una vez logrado esto se podría obtener las funciones de oferta y demanda de bienes de consumo, trabajo y ahorro, y tomar la decisión de invertir (S. Almenar, 1989:530).

Posteriores polémicas permitieron agregar a los fundamentos de la economía planificada socialista el uso adecuado de la contabilidad como alternativa para la asignación de recursos. Lange (1938), Bettelheim (1951), Dobb (1956), Baran (1957) y Sweezy (1973), enriquecerían por las próximas décadas los aportes, distintos entre sí, a la economía centralizada socialista y podría afirmarse sin esfuerzo, que dominaron toda la literatura sobre este particular hasta los setenta.

A finales de los sesenta un grupo de neomarxistas se dedicaron exclusivamente al tema del desarrollo, destacándose en especial Paul Baran (1957) y André Gunder Frank (1970). El primero estableció que la situación de subdesarrollo era debido a que su excedente actual (diferencia entre producción y consumo) era mucho más bajo que el potencial excedente económico (producción que puede alcanzarse y consumo esencial) y esto llevaba a la actual tasa de crecimiento muy por debajo de la tasa potencial. Los países desarrollados drenaban el excedente potencial al lograr la transferencia del mismo, bien fuese a través de la deuda o del control de la infraestructura y del gasto de la clase empresaria criolla.

Gunder Frank, por su parte, atribuyó a factores históricos el subdesarrollo y a la necesidad de una solidaridad internacional de los subdesarrollados para romper los vínculos de explotación con la metrópoli. Para ambos autores la planificación estatal era el único medio para aliviar las desigualdades producidas por la dependencia y crear bases mínimas de infraestructura con la cual cortar la dependencia de las economías desarrolladas. El crecimiento endógeno y la sustitución de importaciones eran conceptos aceptados por estos teóricos de la dependencia.

La Segunda Etapa del Pensamiento Neoclásico

Durante la segunda mitad de siglo autores como Frederick Hayek y Mises asumieron la defensa de los postulados neoclásicos ante los avances de la economía intervenida por el Estado. En este esfuerzo, sin embargo, los planteamientos sobre el desarrollo fueron descuidados. Ignoraron la estructura social de la periferia y sus necesidad de crecimiento, implicando que la única vía de desarrollo posible era la libre competencia, pues en ella los ingresos de los individuos tendían a igualarse con su respectiva aportación al proceso productivo. Confiando en la naturaleza *maximizadora* del individuo, era de esperar que con el concurso de la tecnología nuevos horizontes de crecimiento pudiesen abrirse. En la práctica sólo consiguieron mejorar las posiciones teóricas de los planificadores.

La reacción de la escuela neoclásica ante este nuevo avance no se hizo esperar y autores como Rosenstein-Rodan (1943), Arthur Lewis (1954), Fleming (1955) y Albert Hirschman (1958) asumieron el estudio del desarrollo como vía de generar igualdad en términos planetarios. Creadores de la Teoría del Alto Desarrollo o *Big Push* creían firmemente que las economías de escala era un factor limitador para la factibilidad de industrias rentables en los países menos desarrollados y, que en su presencia, llegarían a tener las externalidades pecuniarias un impacto real en términos de bienestar (Krugman, 1995b).

Para ellos las economías externas surgían de una relación circular donde la decisión de invertir en producción de larga escala dependía del tamaño del mercado, y a su vez, el mercado dependía de la decisión de invertir. El problema era que este tipo de industrialización requería períodos de tiempo tan largos para su consolidación, que ante una improbable entrada en los mercados mundiales, elementos como la actualidad tecnológica estarían fuera de su alcance, repercutiendo negativamente en su competitividad y mantenimiento en el tiempo. Según estos pensadores la inestabilidad económica, y con ello las dificultades para crecer, era producto de las fallas observadas en el intento por igualar

la tasa natural de crecimiento (crecimiento sostenido a largo plazo generado por el crecimiento del empleo y de la producción por trabajador) con la tasa garantizada (tasa de ahorros por unidad de producción).

El subdesarrollo era visto como un problema de financiamiento deficitario y la única solución era la acumulación acelerada de capital que permitiese dar el *gran empujón* a la economía.

En el fondo se daba licencia para la intervención del Estado en los asuntos económicos. Para ellos la inversión planificada era necesaria en virtud de las fallas del mercado y la competencia imperfecta, las cuales impedían una inversión social óptima. Como podemos apreciar, los efectos del Estado Benefactor de Keynes habían sido trasladados al campo de la economía de desarrollo.

Ante esta encrucijada, investigadores de la talla de Solow (1982), Uzawa (1962) y Meade (1961), que van desde el desarrollo unisectorial del primero hasta el bisectorial de los dos últimos, aportaron nuevas ideas a la ya frustrante polémica sobre desarrollo. Solow partió del análisis de la relación entre capital y el producto que lo llevó a establecer como base del crecimiento al ahorro interno, mientras Uzawa y Meade añadieron el importante rol de la tecnología. Todos, sin embargo, apuntaron hacia el crecimiento proporcional que exige sacrificios prolongados en el tiempo y que, por lo tanto, no cubren las expectativas naturales de pronto retornos del sector empresarial. El desarrollo de la tecnología a través del aprovechamiento de las externalidades comenzó a considerarse como salida viable para el factor tiempo.

Solow creía que el ahorro mejoraba la producción a corto plazo pero no en el término a largo plazo. Ante esta realidad, la directriz sobre crecimiento emanada de los grandes centros económicos se centró nuevamente sobre los postulados ricardianos clásicos del libre comercio.

La oposición keynesiana a la teoría de desarrollo de David Ricardo —vía libre comercio— venía entendida en términos de desconfianza ante la racionalidad del mercado. Argumentaciones liberales posteriores como la del Teorema de Rybezynsky contraatacaron estos postulados keynesianos

y poskeynesianos. Dicho teorema establecía que el aumento de un factor de producción en cualquier país incrementaría la producción de bienes relacionadas con ese factor (Rybezynsky, 1955). Posteriormente Stolper y Samuelson agregarían que un cambio en los precios de los bienes que son producidos, tendrían un efecto multiplicado sobre el factor precios y que, además, bajo el libre comercio el factor precios tendería a igualarse a través de los países (Stolper y Samuelson, 1941). Más importante aún, el librecomercio, según su teorema reduciría los retornos a los factores locales que son relativamente escasos y nos pondría en el camino del modelo de desarrollo de Rostow y la curva de Kuznets.

Rostow (1971) acepta, que cada país debe tener su propio método modernizador (sostenido en sus ventajas comparativas), aunque las etapas de crecimiento tengan su origen en el desarrollo de una porción limitada de la economía en una área restringida, y que posteriormente bajo un efecto cascada (*spread*) alcancen al resto del país y lo embarquen en un rápido proceso magnificador de índices de productividad y rendimiento.

En ese primer estadio de desarrollo la desigualdad en el ingreso aumenta, pues la industrialización y sus beneficios sólo se sienten en la región de aplicación restringida. Después de un largo tiempo de acumulación de capital, se produce la expansión industrial y de beneficios a todo el país y sus trabajadores. Al final el crecimiento del empleo industrial creará escasez de mano de obra y aumentará los salarios, produciendo una redistribución más equitativa del ingreso (Kuznets, 1966). Todo ello redundaría, finalmente, en la superioridad del libre comercio sobre el proteccionismo.

Sin embargo, la realidad mostraba que los intereses domésticos, particularmente de los países desarrollados, distorsionaban el comportamiento del libre comercio en perjuicio de los países emergentes, manifestándose en todo caso, como un tipo de situación parecido al clásico dilema del prisionero. Los ulteriores planteamientos neoclásicos agregaron a los tradicionales permisos de intervención estatal en la economía, la compensación y corrección de las fallas del mercado.

Es de destacar que los señalamientos de los economistas del *Big Push* que asignaban a la falta de capital la responsabilidad del subdesarrollo sembraron el camino de una serie de conceptos —crecimiento equilibrado, desequilibrado, vínculos, etc.—, que a la larga permitieron la aparición de la escuela estructuralista. La primera en su tipo abocada exclusivamente a problemas del desarrollo.

Los Estructuralistas

Las directrices oficialistas no siempre fueron tomadas por los países menos favorecidos al pie de la letra. La posición economicista de los cincuenta y los sesenta en cuanto a teorías de desarrollo, básicamente representada por la CEPAL y su *Teoría de la Sustitución de Importaciones* intentaron desmontar el concepto liberal de desarrollo que postulaba el uso de las ventajas comparativas al estilo ricardiano y del libre comercio mundial con una aproximación bastante congruente con el keynesianismo. A la mano invisible del mercado opusieron originalmente un papel externo y regulador al Estado. Dicho ente al ser externalizado podía ser capaz de aprehenderlo (al mercado y a la sociedad como unidad) y de actuar sobre él, imprimiéndole una racionalidad que por sí solo no posee, y conduciéndolo a resultados que de otro modo no logra alcanzar. (Rodríguez, 1981: 286).

Raúl Presbisch (1963), H. Singer (1964) y Gunnar Myrdal (1957) fueron los pioneros de la escuela estructuralista e intentaron dar una visión del problema del desarrollo desde una óptica de centro-periferia. Opuestos al sistema internacional de comercio que, según sus estudios, preservaba la desigualdad entre los países, al condenar a los menos desarrollados a producir materias primas y a los más desarrollados las materias manufacturadas. El proceso causal acumulativo determinaba que la inversión se dirigía hacia donde ya existían condiciones de infraestructura industrial creadas, en detrimento de los más atrasados.

Compartían con los neoclásicos de la posguerra su visión pesimista acerca de una probable orientación hacia la exportación como medio de alcanzar altas tasas de crecimiento. La condición de países

agrícolas o en todo caso monoprodutores, atentaba contra la desigual relación de precios con los desarrollados: materia prima barata de los subdesarrollados, materia manufacturada cara de los desarrollados. El sistema de comercio mundial, justo es destacarlo, tampoco ofrecía esperanzas de equidad para ese momento.

Por ello, la mayoría de los estructuralistas compartieron con otros economistas de diferentes escuelas en la necesidad de una política de sustitución de importaciones que permitiese la creación de condiciones internas de infraestructura industrial y permitiese el avance hacia una igualación de los salarios. El crecimiento endógeno, como podemos apreciar, dominó gran parte de la literatura sobre el tema en estos años.

Cónsono con lo pregonado, el papel del Estado en la etapa de sustitución de importaciones era fundamental para dirigir los esfuerzos de inversión y el acceso a los grandes empréstitos necesitados para las gigantescas obras de infraestructura. La mayoría de sus programas estimulaba la planificación estatal en base al aumento del ahorro y la inversión. Elevando las tasas de ahorro y estimulando las inversiones en la industria pesada, para eliminar las limitaciones naturales en la producción (producto de las exigencias de capital fijo), se le permitió al Estado una participación activa en la economía.

El influjo de sus contemporáneos Baran y Gunder Frank, los acercó bastante a la teoría de la dependencia neomarxista y muchas de sus posiciones, particularmente aquellas referidas a la planificación estatal, distribución de recursos escasos y promoción de la industria pesada, resultaron casi idénticas. La mayoría de los regímenes liberales de la época asumieron los postulados del desarrollo endógeno como una cuestión de prioridad y soberanía nacional.

Los Neoliberales

La ofensiva neoliberal de finales de los setenta, trajo consigo un resurgir del pensamiento liberal clásico sobre el papel mínimo del Estado,

particularmente en la reasignación de recursos para lograr una mayor equidad social y de los postulados neoclásicos del libre comercio y mercados, lo que aunado con los pobres resultados de los cepalistas, echó por tierra el *Modelo Sustitutivo de Importaciones* y responsabilizó al Estado de sus falencias.

Peter Bauer (1968), Bella Balassa (1973) y Anne Krueger (1984) lideraron este resurgimiento atacando los errores cometidos por el Estado en la sustitución de importaciones. Las premisas oficiales emanadas del Consenso de Washington en los ochenta, fueron tomadas como punto de partida para cualquier programa de desarrollo: Presupuesto Equilibrado; Reforma de Precios; Tasa de Cambios Estable; Liberalización del Comercio y de la inversión extranjera; Privatización de las empresas públicas; Desregulación de mercados, etc. y, sobre todo; Descentralización y Desmontaje del Aparato Estatal (G. P. Isser:2000, 67).

Los organismos económicos internacionales (F.M.I., Banco Mundial, G.7, etc.) comenzaron a condicionar créditos a la adhesión al Consenso de Washington y durante las dos décadas posteriores han mantenido dicha exigencia.

Por primera vez se reparó en la particularidad de los experimentos asiáticos de desarrollo y se comenzó a utilizar su referencia y orientación hacia la exportación como referencia de desarrollo. La teoría neoclásica de mitad de siglo se vio cuestionada ante el éxito de los países asiáticos que sí habían tomado el camino de la orientación hacia las exportaciones y cultivado (en algunos casos) el desarrollo endógeno de la tecnología.

Krueger, en particular, señala que la política de sustitución de importaciones solo alcanza a desarrollar la expansión industrial hasta el propio tamaño del mercado originario. En cambio, la promoción del sector exportador sobre bases de libre comercio permite ofrecer los bajos costos de mano de obra, materias primas y bajas imposiciones arancelarias de los menos desarrollados al mercado mundial obteniendo grandes flujos de inversión, que en circunstancias endógenas serían incapaces de crear.

Es importante notar que es a finales de los setenta y durante buena parte de los ochenta, que se realizan importantes avances en la creación de modelos que abarcasen externalidades, progreso tecnológico y retornos a escala, tomando en cuenta situaciones de mercados incompletos e información imperfecta.

Durante los años posteriores al Consenso de Washington y bajo la influencia de la oleada neoliberal, los países que en su momento siguieron el modelo cepalista tomaron el recetario de las organizaciones financieras internacionales como modelo sustituto. No solo el Estado perdió protagonismo sino además se iniciaron procesos de desmontaje de su aparato.

Los embates de la deuda y el pésimo rendimiento de dichos programas habrían de echar por tierra este avance neoliberal. Resultó contraproducente utilizar *al Estado para desmontar al Estado* y a la vez abrirse en libre competencia al comercio mundial, en condiciones donde las reglas no estaban del todo claras (cualquier seguimiento de la Ronda de Uruguay, la Organización Mundial del Comercio, etc., da fe de ello). Los Estados debieron asumir la representación de las empresas transnacionales en las disputas comerciales, y la presión del mundo desarrollado para el cobro de la deuda sólo fue posible arrinconando al Estado, y convertirlo en garante de la misma.

La Realidad Asiática y las Nuevas Teorías

Simultáneo a los primeros indicios de fracaso de América Latina ocurrieron cambios importantes en el Sudeste Asiático. Taiwán en 1962 y Corea del Sur en 1968, abandonaron el modelo cepalista y comenzaron a vigorizar el papel del Estado en la conducción de la política de exportación. A partir de ese momento, el Estado comenzó a facilitar impositivamente la producción de ciertos bienes cuyo destino final era, no el mercado interno como pregonaba el modelo cepalista, sino el internacional.

Coincide esto perfectamente con el surgir del pensamiento neoclásico y la posterior acepción neoliberal y su ofensiva por establecer definitivamente el libre mercado como dogma de cualquier postulado económico. La corriente neoliberal continúa la tradición matemática de la escuela neoclásica. Sin embargo, a diferencia de ella, no acepta considerar al Estado como un agente neutro en la esfera económica. Por el contrario, le asigna un papel primordial en el proceso de desmontaje de su propia capacidad intervencionista. Si a la escuela neoclásica se le atribuye cierta falta de ética al no considerar externalidades como el medio ambiente o la marginalidad, para citar unos simples ejemplos, la escuela neoliberal hace uso deliberado de las teorías económicas precedentes para imponer criterios de dominación y neoimperialismo capitalista.

A partir de ese momento y producto de esa polémica entre los liberales y las otras corrientes del pensamiento económico, investigadores de la talla de Dore (1977), Kutznets (1979), Cline (1982), Chen (1982), Lim (1983), Drucker (1985), Bradford (1984), Lal (1987), Liu (1987), Zeigler (1988), Stiglitz (1996), Krugman (1988), Parry (1988), Krueger y Arndt (1988) entre otros muchos, se dieron a la tarea de iniciar el estudio de casos y modelos asiáticos, que intentaban crear condiciones de alto desarrollo en circunstancias opuestas a los postulados clásicos y neoclásicos.

Desde los informes anuales del Banco Mundial, pasando por los trabajos de Chalmers Johnson (1982) sobre el Estado Desarrollista, hasta los celebres trabajos de Milton y Rose Friedman (1980) sobre los primeros tigres asiáticos (Hong Kong, Corea, Taiwán, Singapur y Malasia), algo distinto sucedía en el Sudeste Asiático. Los intentos de esos países por alejarse del modelo de sustitución de importaciones aplicados a todas las economías emergentes desde la década de los cincuenta (y en nuestro caso latinoamericano promovida por la CEPAL hasta bien entrados los ochenta), fueron parcialmente ignorados por el Primer Mundo ante las amenazas de la Guerra Fría. Es a partir de los

años ochenta, con el colapso de las economías del Tercer Mundo por el problema de la deuda externa, que numerosos estudiosos comenzaron a descubrir lo que sucedía en otras latitudes.

Durante esa década, las conjeturas sobre el desarrollo económico de Asia, estuvieron sustentadas por la *Economía de Orientación Exportadora y la Teoría del Libre Mercado Simulado* en el Este de Asia. Para ese momento, y en virtud de los progresos alcanzados, se decidió aceptar, en el seno del Sistema de Bretón Woods, la intervención del Estado en las economías del Sudeste Asiático, no como una aberración o como una simple orientación, sino como algo real y sobre el cual habría de elaborarse cualquier análisis.

Se le dio (al Estado), en consecuencia, un papel corrector de distorsiones de los errores del mercado que en el fondo simularían las condiciones reales en las que operaría el libre mercado sin que existiesen tantas distorsiones de carácter político. Autores como Berger (1979) y Saxonhouse (1985) asignaron al Estado el papel de transmisor de información sobre la cual operaba el mercado. Información que continuamente era simulada para producir resultados mediante la planificación estatal.

El Banco Mundial en su reporte sobre el Milagro Asiático de 1993 lo denominó como modelo amigo del mercado, donde el Estado preservaba la estabilidad macroeconómica y proveía las *reglas del juego* transparentes y confiables. Posteriormente reconocería que los gobiernos de Asia Oriental adoptaron con frecuencia políticas industriales que promovían sectores concretos; intervinieron en el comercio; regularon los mercados financieros; sus políticas hicieron hincapié en educación y tecnología; en pocas palabras, con un nivel de intervencionismo muy alto lograron grandes tasas de crecimiento, a pesar de lo que indicaba el recetario neoliberal (Banco Mundial, 2000).

Young (1995), apegándose a los planteamientos neoclásicos intentó resumir las causas del exitoso desarrollo a través de la explicación de las tasas de crecimiento de estos países en cuatro puntos: a) incremento

en las tasas de participación de la fuerza de trabajo; b) incremento en los radios del PNB; c) mejoras en la educación y; d) transferencia intersectorial de trabajo de la agricultura. Aunque considerado con interés, su posición no sustancia el punto de vista neoclásico de la no intervención estatal. Por el contrario, el problema radica en que todas estas características solo podían ser explicadas a través de la intervención y dirección de la economía por el Estado.

Dicha intervención ha variado significativamente, reduciendo la conflictividad y abonando el terreno para la creación de un complejo sistema de negociaciones que proporciona notable coherencia —en nuestros ejemplos asiáticos— entre los actores que mueven las fuerzas del mercado y la orientación de la intervención estatal. La institucionalización de los intereses y objetivos de estos actores es lo que produce los diferentes cielos o picos de intervención y/o retirada. Su justificación descansa en las grandes desigualdades internas de sus economías. Amsden (1996) en su estudio sobre Corea notó que dicho país:

“...aporta evidencia sustancial a la propuesta que argumenta que la expansión económica depende de la intervención estatal para crear distorsiones de precios que dirijan la actividad económica hacia mayores niveles de inversión. La intervención estatal es necesaria aún en los casos más claros de ventajas comparativas porque el mayor activo del atraso, los bajos salarios, es contrarrestado por los altos pasivos. Corea se diferencia de la mayoría de los otros países de industrialización tardíos en la disciplina impuesta por el Estado a la empresa privada (p. 32).

Anne Krueger (1990:108), por su parte, al analizar las causas del éxito exportador de las economías asiáticas concluyó que se debía a una situación inicial de distorsión de los incentivos que permitió grandes tasas de excedente y generó un clima de confianza en las decisiones gubernamentales. Otros como Chong-En y Yijian (1999) clasifican algunas razones para la intervención estatal en cuatro fundamentos: a) favoritismo, que permite las relaciones estrechas con los sectores industriales; b) la implantación de políticas industriales, que permite

dirigir la economía hacia metas prefijadas; c) motivación de riesgos, que permite aumentar los márgenes de innovación tecnológica y; d) promoción de una política social, que garantiza una adecuada distribución de la riqueza y/o la fijación de metas de desarrollo nacional.

Wade señala en su modelo de Mercado Dirigido que describir la especificidad asiática como una capa de mercado libre sobre una estructura económica manejada por el Estado, revela que no se ha comprendido bien de que se trata la unicidad el caso asiático (Wade, 1999). Aunque es necesario acotar, fue su predecesor Johnson quien elaboró un primer modelo de mercado dirigido, el cual hemos ligeramente modificado e integrado al de Robert Wade para abordar el estudio de nuestros casos.

Charles Johnson adelantó su *Teoría del Estado Desarrollista* sobre algunas líneas maestras del papel del Estado en Asia. Para ello fijó como ejes fundamentales en ese modelo: a) La acción estatal enfocada sobre el desarrollo económico a largo plazo como propósito político; b) protección estatal a la propiedad privada y al mercado con fuerte limitación a su capacidad de intervención en esta área, c) fuerte inversión estatal en la educación gratuita; d) guía estatal del mercado a través de elites burocráticas; e) proceso de intercambio y consulta de información con el sector privado y; f) el papel del sector político es producir espacios de maniobras para el sector burocrático que maneja la orientación económica del Estado. Ello provoca dos posiciones frente a la sociedad civil, un autoritarismo débil o *light* cuando se trata de desarrollo versus otras prioridades (p.e. salud) y un autoritarismo fuerte de Partido Único cuando de mantener el status quo hablamos (Johnson, 1982).

El Estado, omnipresente en todos los niveles de la sociedad asiática, asume condiciones comunes en todos nuestros casos de estudio con relación a esta acotación de Johnson. Desde condiciones autocráticas blandas hasta autocracias fuertes, su papel (del estado) es preponderante.

Wade va más allá de Johnson y expone en su *Mercado Gobernado* que la base del rendimiento económico se debe a tres factores de

intervención estatal, y dos niveles de influencia estatal. Los tres factores son: a) Altas tasas de inversión productiva capaz de lograr una rápida transferencia de nuevas técnicas a la producción real; b) Inversión dirigida hacia sectores industriales recomendados por el Estado; c) Orientación y exposición hacia el mercado externo. En el nivel de influencias estatales destaca el uso de incentivos para reorientar el aparato productivo hacia áreas donde la información del mercado no alcanza a detectar posibilidades ciertas (en su momento de lanzamiento la fabricación de semiconductores en Indonesia, o la industria automovilística surcoreana fueron buenos ejemplos). El otro nivel de influencia estaría en la unicidad de organizaciones o sectores del estado y de la economía privada proclive a este tipo de capitalismo de alianza.

El *Mercado Dirigido o Gobernado* se afianza en las políticas corporativistas y autoritarias del Estado, el cual, según el esquema del propio Wade (1999:63): 1) redistribuyó las tierras agrícolas después de la segunda guerra mundial y la consolidación de la independencia y/o revoluciones; 2) controló el sistema financiero y subordinó el capital financiero privado al capital industrial; 3) mantuvo la estabilidad de variables macroeconómicas necesarias para el accionar de la política dirigida de inversiones, tales como tipo de cambio, tasas de interés y precios. 4) suavizó el impacto de la competencia externa, dirigiendo el uso de las escasas divisas extranjeras; 5) promovió las exportaciones; 6) apoyó la adquisición de tecnología de multinacionales y algunas veces maniobró para conseguirla y; 7) apoyó a algunas industrias.

Los procesos de reforma agraria fueron particularmente sensibles en China, Vietnam, Corea del Sur e Indonesia. El apoyo gubernamental a la conducción de los capitales de inversión es común a todos, así como la promoción de las exportaciones. En cuanto a la adquisición de tecnología de punta, no sólo nuestros casos de estudio, sino la región en general, ha sido capaz de aprovechar las peculiares condiciones de la Guerra Fría para obtener la máxima absorción de tecnología de parte de las grandes potencias internacionales y regionales. El efecto vagón de la

economía japonesa, como sería conocido el peculiar fenómeno, ocasionaba un movimiento de crecimiento económico en la región asociado con el arrastre que promovía la *locomotora* japonesa al abandonar sectores industriales básicos. Al ser imitada por las otras economías que cronológicamente se suman a los nuevos países industrializados se originó un efecto cascada de tecnología sobre todos sus vecinos.

De esa manera, académicos como Maranto (1992), Firebaug (1994), Lee (1995), Teeple (1995), Stiglitz (1996), Obershall (1996) y Robert Wade (1999) en sus ediciones revisadas, añadieron nuevas peculiaridades al estudio del fenómeno.

Otros como Krugman (1994) no atribuyen el éxito de los países asiáticos a las tasas de productividad sino a la acumulación de capitales netos. En consecuencia, las externalidades que permitieron su apertura a los mercados internacionales no son el determinante principal de su crecimiento. En todo caso, fueron las políticas estatales pro acumulación de capitales lo que hizo la diferencia. Sin embargo, la disminución de la tasa de retornos eventualmente reducirá la tasa de crecimiento cuando se agoten los beneficios de las inversiones y, por los momentos, las tasas de inversiones, retornos y acumulación no parecen próximas a declinar.

Posteriormente Krugman unió sus ideas a los estudios de Lau y Young (1995) para establecer debilidades estructurales en el milagro asiático tomando en cuenta la productividad total de los factores. Esta medida explicaría que la productividad de esos países no se había incrementado con el crecimiento experimentado, razón por la cual una baja en la entrada o retorno de las inversiones podría crear una debacle económica.

En el mismo orden de ideas se sitúa el modelo de relación ganancia-inversión de Akyuz y Gore (1996) advirtiendo que si bien el Estado debe procurar algo más que un ambiente adecuado para el desarrollo industrial, su tarea primigenia, como lo demuestra el caso asiático, es asegurar una alta tasa de inversión.

La Nueva Teoría de Crecimiento

Hacia 1988 Lucas logra redondear las ideas de Romer (1986) para convertirse junto a él en los creadores de la nueva teoría de crecimiento. La idea central era que en presencia de retornos en progresión ascendente a escala, puede un proceso de inversión generar crecimiento sostenido en el ingreso per cápita sin causar un descenso en la productividad marginal del capital al nivel de la tasa de descuento. (Sengupta, 1993), Quah (1993) y Edwards (1998), posteriormente establecieron relación entre el grado de apertura comercial y el incremento positivo del ingreso. Es decir, el temido descenso de la motivación por la inversión de la escuela clásica y neoclásica no tiene razón de ser y el crecimiento sostenido puede ser alcanzado.

Esta nueva teoría surge dudando del modelo de equilibrio de cambio tecnológico endógeno. Para Romer (1983) la tecnología era influenciada por tantos factores, que suponer un aislamiento para crear condiciones solo internas de *know how* era ilógico. Para él, un nuevo modelo implicaba asegurar una tasa sostenida de crecimiento del ingreso que dependiese no solo de los parámetros de producción y funciones de utilidad, sino también de políticas fiscales, políticas de comercio exterior y políticas demográficas (Srinivasan, 1995).

Lucas, por su parte, propuso una alternativa al modelo neoclásico basándose en el crecimiento del capital humano. Dicho crecimiento habría de lograrse a través del *know how*, donde el crecimiento se logra a través del esfuerzo dedicado a la producción de nuevos bienes.

En resumen, la nueva teoría de crecimiento propone que los retornos sociales hacia la inversión son mayores que los retornos privados debido a las economías externas; a) El capital ampliamente definido esta compuesto por mayor cantidad de producción de lo usualmente determinado y; b) el progreso tecnológico es en gran parte resultado endógeno de la investigación y de la formación de capital humano dirigida al mercado (Krugman, 1992).

Bardhan (1995) asegura que esta teoría nos permite asignarle un papel preponderante a la formación endógena de capital humano en los países subdesarrollados ya que es únicamente allí donde los monopolios pueden actuar libremente, y temporalmente, para incentivar las innovaciones privadas y con ellas, el comercio y el crecimiento.

El considerar al capital humano como parte de la tecnología añade, obviamente, nuevos matices al proceso productivo. La economía quedaría dividida en tres sectores. En el primero de ellos, encontramos el sector de investigación que usa el capital humano y el stock de conocimiento para producir nuevos conocimientos en forma de diseños para productos durables. Un segundo sector de bienes intermedios que usa los diseños del sector anterior para producir productos durables exclusivos de los bienes finales y; El tercer sector de bienes finales que usa la mano de obra, el capital humano y los productos durables (no primos) para la creación de bienes finales que pueden ser consumidos o ahorrados como capitales nuevos –para recomenzar el ciclo.

A pesar de la fuerte irrupción en la escena económica de la nueva Teoría del Crecimiento quedan demasiados puntos oscuros en su enunciado. La teoría se ocupa más de explicar porque se puede crecer indefinidamente y no como empezar a crecer. La misma utilización del crecimiento tecnológico endógeno arroja muchas dudas. Si bien los países menos desarrollados pueden beneficiarse del flujo tecnológico para mejorar sus aparatos productivos, no es menos cierto que dicho flujo no es automático. La experiencia asiática así lo confirma. Sólo las condiciones particulares de la guerra fría permitieron la transferencia tecnológica. Además muy poco se dice sobre la innovación tecnológica fuera del capital, acumulación de conocimientos y incremento de la mano de obra.

Por otra parte, la creencia absoluta en la *ley de retorno decreciente* no explica porqué no se aplica en todos los países pobres, ni las subjetividades que se esconden detrás de esa *lógica* de mercado.

Sumario¹²

El rol del Estado en el proceso de transición de una economía centralizada a una economía de mercado está íntimamente ligado a su propia evolución como concepto y funcionalidad en el desarrollo y crecimiento económico.

Para los clásicos la única vía de crecimiento era a través del ahorro, entendido como acumulación de capital. Con David Ricardo el comercio utilizado como ventaja comparativa se agrega a las posibilidades de crecimiento. El Estado debía permanecer neutral ante el obrar de los propietarios.

Carlos Marx consideró que la acumulación de capital era el motor natural del crecimiento económico y la razón última de la crisis de dicho sistema.

Los primeros neoclásicos de este siglo comienzan a dar al progreso tecnológico un papel preponderante para evitar la ley de *los retornos decrecientes*. La *optimalidad* de Pareto, en sus consideraciones, abrían de buscar una igualdad de oportunidades y beneficios a la sociedad, mientras la intervención del Estado se mantuviese controlada.

La escuela keynesiana aboga por una presencia firme del Estado en el control de los desequilibrios del mercado y la dirección del gasto público, entendido como inversión, para mejorar el estado de la economía y conseguir el crecimiento económico.

La evolución de las experiencias socialistas dio lugar a la planificación centralizada en sustitución del mercado libre. Ante la perentoria necesidad de lograr una mayor distribución de la riqueza, el Estado asumió el control del mercado simulando condiciones del mismo y haciendo uso de elementos como tasas impositivas, contabilidad y fijación de precios. Defensores de esta posición darían paso a los teóricos dependentistas en los sesenta que establecieron que la falta de desarrollo era producto de una situación de alineación de la periferia hacia el centro imperialista. Ante la dificultad de la revolución mundial el Estado debía

tomar las riendas en la conducción de la economía y la corrección de las grandes desigualdades originadas por el mercado.

Los neoclásicos de la posguerra establecieron relación entre la tasa de innovación tecnológica, la acumulación de capital y las diferentes etapas del crecimiento. Establecieron modelos a largo plazo de crecimiento equilibrado con un punto de agotamiento definido como *estado permanente*. La tasa de innovación tecnológica, en su punto de vista, dependía completamente de factores externos. El Estado debía permanecer al margen del proceso, con algunas fases de intervención temporal destinadas a controlar algunos mecanismos deficientes del mercado.

La teoría estructuralista, muy cercana a los planteamientos de la dependentista, observa el problema como una relación desigual entre el centro y la periferia, cuya peor manifestación es el sistema de comercio mundial. La solución al problema de crecimiento estriba en una fuerte política de sustitución de importaciones (normalmente dirigida por el Estado) que permita crear una infraestructura industrial propia para una posterior reinserción en la economía mundial.

La escuela neoliberal asigna al comercio mundial y la apertura y liberalización del mismo la solución para el problema del crecimiento. Apoyándose en el Estado, lo utiliza para desmontar todo el aparato regulatorio instalado desde la segunda guerra mundial, y permitir un ambiente libre de trabas donde la optimalidad de Pareto pueda *funcionar* sin dificultades. En otras palabras, permitir al mercado hacer sus asignaciones de recursos a través de un sistema de precios libre de control y manipulación.

La experiencia asiática ha contribuido como pocas a diversificar las explicaciones sobre el crecimiento económico. Algunas se basan en los planteamientos clásicos (acumulación de capitales —en su mayoría inversiones foráneas); otras toman en cuenta los planteamientos ricardianos (la ventaja comparativa del comercio transformado en política de exportación); algunos plantean modelos neoclásicos o variantes como la *autonomía enraizada* (que trata de explicar la peculiaridad burocrática de la

zona); los demás se dividen en las tres *escuelas del mercado*: la neoliberal que insiste en la apertura de Asia como razón de su éxito; el mercado simulado, donde el Estado juega papel de corrector de distorsiones y; el mercado dirigido, donde el Estado interactúa con la empresa privada para conseguir metas de crecimiento. En todas las teorías anteriores el papel del Estado juega en algún momento, sino en todos, papel de primera línea.

La nueva teoría del crecimiento retoma el planteamiento neoclásico de la posguerra, pero insiste en que la tasa de progreso o innovación tecnológica se puede obtener de manera endógena: *a mayor inversión en investigación, mayor crecimiento tecnológico*. La figura del Estado benefactor de la inversión en el capital humano es aquí fundamental.

No existe posibilidad real de comprender el crecimiento y desarrollo del Sudeste Asiático sino analizamos el papel, activo o no, del Estado. Las evidencias del análisis de la literatura sobre el desarrollo no son concluyentes sobre su papel y las experiencias asiáticas han obligado a muchos investigadores de variopintas escuelas a incluir el tema estatal en sus resultados.

Notas y Bibliohemerografía

- ¹ Nótese que hemos tratado de crear un concepto lo suficientemente amplio, y a la vez descriptivo, que nos permita incluir todas las posibilidades de transición. Hacia principios de los noventa el concepto solo era aplicable a países excomunistas. De hecho, este concepto está elaborado sobre algunas ideas de Lipton y Sachs (1990).
- ² Cuando nos referimos a los fundadores clásicos, los neoclásicos de principios del siglo XX y aún Keynes debemos tener presente que el término desarrollo tal como lo entendemos hoy en día no era manejado por ellos. De manera que para rastrear la evolución de los primeros postulados de la economía sobre el tema de este trabajo debemos analizar con especial cuidado el término crecimiento, haciéndolo equivalente en lo permisible, con desarrollo.
- ³ Emma Rothchild (2000: 322) en su provocador ensayo *Adan Smith and the Invisible Hand* en el cual advierte sobre una desconfianza probable del famoso pensador hacia su propio concepto, afirma que los agentes

económicos actuales que intentan interpretar los protocolos ambiguos, o decidir cuando influenciar las reglas del juego o como agruparse en instituciones más eficientes no se diferencian en casi nada de los complicados comerciantes de Adan Smith. Complicación que habría llevado probablemente a Smith a ironizar sobre una mano invisible que corrigiese finalmente los desajustes.

- ⁴ Autores como E. Cannan alertaron en el propio siglo XIX sobre las posibilidades del marginalismo como reclamo popular para una mejor distribución de la riqueza. La teoría fiscal de Wicksell se fundamentaría en este razonamiento y con ello las bases del moderno Estado de Bienestar.
- ⁵ Con W. Rostow iniciamos la etapa de asociación entre crecimiento económico y modernización dentro del círculo de los economistas. Junto a él se inscribirán, dentro de esta misma corriente, académicos como P. Bauer, H. Jonhson e inclusive Gerschenkron. Asimismo, el estructuralismo neomarxista con Paul Baran, Pauk Sweezy y Samir Amin que se apoyan en la dependencia o los subdesarrollistas como Arthur Lewis y su economía dual, A. Hirschman y su crecimiento equilibrado o Rosenstein y Nurske y su círculo de la pobreza, también coincidirán con Rostow en el uso de variables históricas, sociológicas y político-ideológicas para explicar las causas o carencia del crecimiento.
- ⁶ Entre ellas mantener la estabilidad macroeconómica; crear infraestructura física; asegurar los bienes públicos (educación, salud, defensa, etc.), mejorar la redistribución de ingresos –vía impuestos- para atender necesidades básicas de los más necesitados.
- ⁷ Se habla de falla de mercado, cuando se produce una asignación de recursos que no cumple con la optimalidad de Pareto, creando distorsiones en la información que debe procurar a los otros entes económicos. El principio afirma que una configuración (en este caso una economía de mercado) es eficiente siempre que sea posible cambiarla de modo que beneficie a algunas personas (por lo menos a una) sin que al mismo tiempo dañe a otras personas (al menos a una). El problema es que este principio en condiciones de asignación de recursos sólo opera en condiciones de crecimiento sostenido, pues en su ausencia se comporta como un suma cero. Ejemplos de esas fallas detectadas por los economistas son el monopolio natural de la distribución de la energía eléctrica por parte del Estado, o la polución y su efecto nocivo sobre la reproducción de las relaciones de producción.

- ⁸ La mayoría de los politólogos centra su atención en los gobiernos conservadores de finales de los setenta y principio de los ochenta de Reagan en EEUU y Thacher en Gran Bretaña como adalides del resurgir del Estado Mínimo. Prefiero conceder ese honor a Robert Nozick y su *Anarquía, Estado y Utopía* de 1971 y a John Rawls y su *Teoría de la Justicia* de 1973, como el resurgir intelectual de esa posición.
- ⁹ Autores como Tofler y Oskar Lange intentaron crear un modelo para las economías socialistas, con características parecidas de simulación de las condiciones de mercado como las propuestas para Asia.
- ¹⁰ El capitalismo de alianza o clientelar es el término acuñado para definir las peculiares relaciones que se establecieron en el Sudeste Asiático entre Estado y Empresa Privada. La natural antinomia dio paso a una estrecha relación de aliados que se atribuye como base fundamental del excepcional desarrollo alcanzado por la región.
- ¹¹ La ley de retornos decrecientes implica que el producto marginal del capital es mayor en las economías menos productivas (p.e. en la mas pobre). En ese caso, si el comercio en bienes capitales es libre y competitivo, nuevas inversiones se realizarán sólo en la economía más pobre, y esto continuara siendo verdad hasta que el radio capital-trabajo, y los salarios y retornos de capital se igualen. Esto nos lleva al mismo callejón sin salida que discutimos en la página 29. Los países mas desarrollados prefieren invertir donde ya existe un mínimo de infraestructura.
- ¹² **Bibliografía básica sugerida para el estudio de los problemas tratados en este artículo:**
AKYÜZ, Y. and Ch. Gore. (1996). The Investment-Profit Nexus in East Asian Industrialisation. *World Development*. 24, 3: 461-70.
ALMENAR, S. y Segundo Bru. (1989). La Idea de la Planificación en la Historia del Pensamiento Económico. *Boletín de Estudios Económicos*. XLIV, 138: 521-44.
AMSDEN, Alice. (1996). *Corea, Un Proceso Exitoso de Industrialización Tardía*. Bogotá: Editorial Norma.
ARDNT, H. (1988). Market Failure and Underdevelopment. *World Development*. 16, 2: 115-30.
BALASSA, B. (1980). *The Process of Industrial Development and Alternative Development Strategies*. New Jersey: Princenton University Press.

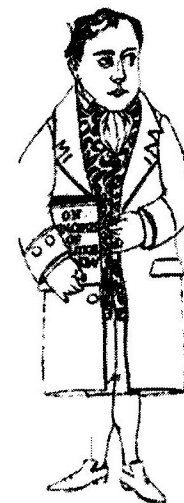
- BARAN, Paul. (1957). *The Political Economy of Growth*. New York: Monthly Review Press.
- BARDHAN, Pranab. (1995). The Contribution of Endogenous Growth Theory to the Analysis of Development Problems: An Assessment. In J. Berhman and Tin Srinivan (eds). *Handbook of Development Economics*. III. New York: Elsevier Science.
- BARONE, Enrico. (1908). Il Ministro di Produzione Nello Stato Collettivista. *Giornale degli Economisti*. Setiembre.
- BAUER, P and Yamey B. (1957). *The Economics of Under Developed Countries*. Chicago: Chicago University.
- BERGER, F. (1979). Korea's Experience with Export-Lead Industrial Development. In B. de Vries (ed.) *Export Promotion Policies*. Washington D.C.: World Bank Staff Working Paper Nº 313).
- BETTELHEIM, Charles. (1951). *Problemes Théoriques et Pratiques de la Planification*. Paris: PUF.
- BRADFORD, C. (1984). East Asian Model: Myths and Lessons. En J.Lewis and Kallagb (compiladores) *Development Strategies Reconsidered*. New Brunswick,: Transation Books.
- CHONG- EN BAI y Y. Wang. (1999). The Myth of East Asian Miracle: The Macroeconomic Implications of Soft Budgets. *The American Economic Review*. 89, 2: 432-7.
- CLINE, W. (1982). *Reciprocity –A New Approach to World Trade Policy?*. Washington: Institute for International Economics.
- DOBB, M. (1956). Planificación, en C. Napoleoni, ed. *Diccionario de Economía Política*. Madrid: Ediciones Castilla.
- DOMAR, E. (1946). Capital Expansion, Rate of Growth and Employment. *Econometrica*. April.
- DORE, R. (1977) South Korean Development in Wider Perspective. *Pacific Affairs*. 50, 2: 46-52.
- DRUCKER, P. (1985). The Changed World Economy. *Foreign Affairs*. 64, 4:85-92.
- EDWARDS, Sebastian. (1998). Openess, Productivity and Growth: What Do We Really Known? *The Economic Journal*. 108:60-85.
- FIREBAUGH, Glenn & Frank Beck.(1994). Does Economic Growth Benefit the Masses?. Growth, Dependance, and Welfare in the Third World. *American Sociological Review*. 59, 5:124-38.

- FLEMING, J. (1955). External Economies and the Doctrine of Balanced Growth. *Economic Journal*. 65: 241-56.
- FRIEDMAN, M and R. (1980). *Free to Choose. A Personal Statement*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- GUNDER FRANK, A. (1970). *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- HARROD, R. (1979). *Dinámica Económica*. Madrid: Alianza Editorial.
- HIRSCHMAN, A. (1958). *Strategy of Economic Development*. New Haven: New Haven Yale University Press.
- JOHNSON, Charles. (1982). *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy*. California: Stanford University Press.
- KALDOR, N. (1966). *Causes of the Slow Rate of Economic Growth in the United Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KEYNES, J. (1930). *Treatise on Money*. London: Mcmillan.
- _____ (1965). *La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KRUEGER, A. (1981). Trade Policy as An Input to Development. En W. Hong and L. Krause (eds.) *Trade and Growth of the Advanced Developing Countries in the Pacific Basin*. Seoul: Korea Development Institute.
- _____ (1985). *Development with Trade: LDCs and the International Economy*. San Francisco: Institute for Contemporary Studies.
- KRUGMAN, P. (1986). *Strategic Trade Policy and the New International Economics*. Cambridge: MIT.
- _____ (1992). Toward a Counter-Counterrevolution in Development Theory. *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics*. Washington D.C: The World Bank.
- _____ (1994). The Myth of Asian's Miracle. *Foreign Affairs* November-December: 62-78.
- _____ (1995). *Desarrollo, Geografía y Teoría Económica*. Barcelona: Anthony Bosch ed.
- KUZNETZS, S.(1966). *Modern Economic Growth: Rate, Structure and Spread*. New Haven: Yale University Press.
- _____ (1979). Growth and Structural Shifts. En Walter Galenson, *Economic Growth and Structural Change in Taiwan*. New York: Cornell University Press.

- LAL, D. y Rajapatirana. (1987). Foreign Trade Regimes and Economic Growth in Developing Countries. *World Bank Research Observer*, 2, 2: 55-76.
- LANGE, Oskar y F. Taylor. (1938). *Sobre la Teoría Económica del Socialismo*. Madrid: Ariel.
- LAVIGNE, Marie. (1997). *Del Socialismo al Mercado*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- LEE, James. (1995). Global Trends, State-Specific Factors and Regime Transitions, 1825-1993. *Journal of Peace Research*. 32, 1 : 49-64.
- LEWIS, Arthur (1958). *Teoría del Desarrollo Económico*. México: F.C.E.
- LIM, L. (1983). Singapore's Success: The Myth of the Free Market Economy. *Asian Survey*. Nº 23.
- LIU Ying. (1987). *Phoenix and the Lame Lion: Modernization in Taiwán and Mainland China: 1950-1980*. Stanford: Hoover Institution Press.
- LUCAS, Robert. (1990). Why Doesn't Capital Flows from Rich to Poor Countries?. *The American Economic Review*. 80, 2: 92-6.
- MALTHUS, Thomas (1820). *Principles of Political Economy*. México: FCE. (1952).
- MARANTO, R. y P. Tuchman. (1992). Knowing the Rational Peasant: The Creation of Rival Incentive Structures in Vietnam. *Journal of Peace Research*. 2, 3: 249-64.
- MEADE, J. E. (1961). *A Neoclassical Theory of Economic Growth*. London: Allen & Unwin.
- MILLS, John. (1848). *Principles of Political Economy*. México: FCE. (1951).
- MYRDAL, G. (1957). *Economic Theory and Underdeveloped Region*. London: Duckworth.
- OBERSHALL, Anthony. (1996). The Great Transition: China, Hungary and Sociology Exit: Socialism into the Market. *American Journal of Sociology*. 101: 4: 1028-41.
- PARRY, T. (1988). The Role of Foreign Capital in East Asian Industrialization Growth. En H. Hughes (compilador) *Achieving Industrialization in East Asia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PASINETTI, L. (1978). *Crecimiento Económico y Distribución de la Renta*. Madrid: Alianza Editorial.
- POLANYI, Karl. (1944). *The Great Transformation*. Boston: Beacon.
- PREBISCH, Raúl. (1963). *Hacia una Dinámica del Desarrollo Latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.

- RODRÍGUEZ, Enrique. (1981). Mercado versus Estado. *Encuentro*. Nº 47: 275-290.
- RODRIG, D. (1996). Understanding Economic Reform Policy. *Journal of Economic Literature*. 34: 9- 41.
- ROMER, Paul. (1983). *Dynamic Competitive Equilibria with Externalities, Increasing Returns and Bounded Growth*. Chicago: Chicago University Press.
- _____ (1986). Increasing Returns and Long-Run Growth. *Journal of Political Economy*. 94: 1002-37.
- _____ (1990). Are Nonconvexities Important for Understanding Growth?. *The American Economic Review*. 80, 2: 97-103.
- ROSENSTEIN-RODAN, Paul. (1943). Problem of Industrialisation in Eastern and SouthEastern Europe. *Economic Journal*. 53, 2-3: 202-11.
- ROSTOW, W. (1965). *Las Etapas del Crecimiento Económico*. México; F.C.E.
- ROTHSCHILD, Emma. (1994). Adan Smith and the Invisible Hand. *The American Economic Review*. 84, 2: 319-22.
- RYBEZYNSKY, T. M. (1955). Factor Endowments and Relative Commodity Prices. *Economica*. 22: 336-41.
- SENGUPTA, Jati. (1993). Growth in NICs in Asia; Some Tests of New Growth Theory. *The Journal of Development Studies*. 29, 2: 342-357.
- SCHUMPETER, J. (1934). *The Theory of Economic Development*. Cambridge: Harvard University Press.
- SINGER, H. W. (1964). *The Mechanics of Economic Development*. New York: McGraw Hill.
- SOLOW, R. (1982). *La Teoría del Crecimiento*. México: F.C.E.
- SRINIVASAN, T.N. (1995). Long-Run Growth Theories and Empirics: Anything New. *Growth Theories in the Light of East Asian Experience*. Chicago: University of Chicago Press.
- STIGLITZ, Joseph. (1996). Some Lessons from the East Asian Miracle. *Research Observer*. 11. 2: 151-78.
- STOLPER W. and P. Samuelson (1941). Protection and Real Wages. *Review of Economic Studies*. 29.
- SWEZZY, Paul. (1973). *The Theory of Transition from Capitalism to Socialism*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- UZAWA, H. (1962). On a Two-Sector Model of Economic Growth. *Review of Economic Studies*.

- TEEPLE, Gary (1995). *Globalization and the Decline of Social Reform*. Toronto: Garamont Press.
- VILAS, Carlos. (1995). *Estado y Políticas Sociales Después del Ajuste*. México: Ediciones Nueva Sociedad.
- WADE, Robert. (1999). *El Mercado Dirigido*. México: F.C.E.
- YOUNG, A. (1995). The Tyranny of Numbers: Confronting the Statistical Realities of the East of the East Asian Growth Experience. *Quarterly Journal of Economics*. 110, 3: 641-68.
- ZEIGLER, H. (1988). *Pluralism, Corporation and Confucionism: Political Association and Conflict Regulation in the United States, Europe and Taiwan*. Philadelphia: Temple University Press.



Caricatura del economista David Ricardo incluida en la revista *Fortune* en un Dossier dedicado a los "Grandes economistas de la Historia" (Tomada de Varios autores: *Historia del Pensamiento*, Barcelona, Orbis S.A., 1983; volumen III, página 222).